

La imagen y el espejo: la historiografía peruana 1910 - 1986*

Alberto Flores Galindo

Cualquier historiografía, además de ser un discurso sobre el pasado, traduce el presente de una sociedad con todas sus tensiones y conflictos. Ocurre que cada época construye su imagen histórica de acuerdo a sus necesidades. En el Perú, la conexión entre historia y política es más evidente que en otros países. En parte es atribuible al estadio todavía incipiente de nuestra historiografía (poco diferenciada de otras disciplinas sociales) y también a la escasa "*división de trabajo*" en el interior de nuestra vida intelectual. Un historiador así como investiga en archivos, debe enseñar en alguna institución universitaria, quizá también labora en un centro de investigaciones y es probable que le soliciten conferencias en un municipio, sindicato o círculo de estudiantes, sin considerar entrevistas para algún periódico o colaboraciones que él mismo puede enviar a alguna revista semanal. Esto es resultado de que no son mu-

* Este ensayo recoge ideas que han surgido en conversaciones (y discusiones) con algunos amigos: Guillermo Nugent, Antonio Zapata, Magdalena Chocano, Gustavo Buntinx y Gonzalo Portocarrero. Los cuatro últimos son miembros de Sur, Casa de Estudios del Socialismo. Después fue presentado como ponencia en el Coloquio que sobre "La historiografía latinoamericana" organizó Hermes Tovar en la Univ. Alcalá de Henares (Sigüenza, 11-15 julio 1988). Agradezco el apoyo del Concytec, que me permitió asistir a este evento.

chos los historiadores, de los escasos ingresos que disponen y, sobre todo, de la demanda a la que están sometidos.

Nos ocuparemos de la Historia en el Perú. No de la Historia hecha sobre el Perú sino de aquella parte de la historiografía peruana elaborada por los propios peruanos. Sólo cuando resulte imprescindible nos referiremos a los "*peruanistas*" pero ellos —con todos sus méritos y aportes— constituyen una especie aparte.

No se trata de hacer un recuento de historiadores y de títulos de libros. Se trata, más bien, de mostrar una concepción determinada que ha sustentado la investigación histórica, cómo consiguió reproducirse y, finalmente, cuándo y por qué entró en crisis. La producción historiográfica confrontada con los historiadores (un sector de los intelectuales en el país) y con los lectores de libros de historia o aquellos otros a quienes sus contenidos terminan llegando por oídas.

La partida de nacimiento de la moderna historiografía peruana está fechada en 1910. Ese año, José de la Riva Agüero (1885—1944) publicó su libro *La historia en el Perú*. Se trataba de una tesis de doctorado que, gracias a la fortuna económica de su familia, pudo circular más allá de los miembros del jurado, aunque la edición fue sólo de cincuenta ejemplares¹. Luego algunos de esos ejemplares serían buscados afanosamente por discípulos como Luis A. Sánchez. Recién en 1965 se hizo una nueva edición, recogiendo póstumamente algunas supresiones y pocos añadidos del autor. Este libro, que aparentemente congregó pocos lectores, no sólo fue un balance de lo que hasta entonces se ha-

1. La familia Riva-Agüero-Osma figura entre los once grupos prominentes de la élite limeña a comienzos de siglo, siendo los únicos que descendían de la aristocracia colonial. Sus intereses económicos estaban colocados en la minería, la banca y la agricultura, donde eran propietarios de varias haciendas en los alrededores de Lima, como Pando, Palomino y San Cayetano. José de la Riva Agüero fue hijo único. Vástago final de un linaje, murió soltero, dejando sus bienes a la Pontificia Universidad Católica (Quiroz, Alfonso, "Grupos económicos y decisiones financieras en el Perú, 1884—1930" en *Apuntes*, Lima, No. 19, 1986, p. 96). La *Historia en el Perú* es el Tomo IV de sus *Obras Completas*. Esa edición, hecha en 1965, está prologada por Jorge Basadre.

bía escrito, sino además una primera síntesis interpretativa de la historia peruana. Los antecesores de Riva Agüero fueron autores de largos estudios monográficos (como Paz Soldán), aficionados a la historia (Palma) o tenaces eruditos que terminaban confeccionando biografías (Mendiburu). Salvo un autor de manuales escolares (Sebastián Lorente), nadie había intentado ofrecer una imagen del conjunto de la historia peruana.

Esa imagen sería desarrollada por el propio Riva Agüero en algunas indagaciones eruditas, a través de su célebre discurso sobre el Inca Garcilaso (1916) —que iniciaría los abundantes estudios acerca de este personaje—, y mediante el relato de un viaje al sur del país, publicado años después con el título de *Paisajes Peruanos* (1955). Su trayectoria fue interrumpida por los años de autoexilio en España, cuando Riva Agüero se enfrasca en preocupaciones personales y familiares: elaboración de genealogías, lecturas dispersas, estudios ocasionales sobre Unanue o Goethe que, a su regreso al Perú, a partir de 1930, sería motivo para discursos académicos o edición de opúsculos.

Pero si decíamos que Riva Agüero funda la historiografía peruana es porque en los textos mencionados fue elaborando una especie de paradigma, que luego será reiterado o prolongado en la obra de otros historiadores. Partía, en un espíritu similar al de la generación española del 98 (fue corresponsal de Unamuno), de constatar la debilidad de la nación peruana: una empresa hasta el momento poco exitosa como podría mostrarlo el fracaso militar frente a Chile (1879—1883). El origen de la derrota no era inmediato; se remontaba a la carencia de una clase dirigente que hubiera emprendido la lucha por la independencia y la conducción del nuevo país. La tarea debió corresponder a la nobleza colonial pero ésta, "*incapaz de cualquier esfuerzo*", no estuvo a la altura de los acontecimientos y la lucha contra España terminaría ganada por un ejército organizado por generales de otros países. Se inaugura así una manera de razonar el pasado que Magdalena Chocano ha llamado "*ucronía*"². El nombre fue utilizado antes por otro intelectual de la generación de Riva Agüero: Víctor

2. Chocano, Magdalena, "Ucronía y frustración en la conciencia histórica peruana", en *Márgenes*, Lima, año 1, No. 2, p. 45.

Andrés Belaúnde, autor de una interpretación del país titulado *Peruanidad* (1942). También lo utilizará Jorge Basadre. Consiste en el afán de pensar en otras posibilidades que, encerradas en el pasado, se quedaron sin realizar. En otras palabras: qué hubiera ocurrido si... Nace ese convencimiento del Perú como país de ocasiones perdidas. De acuerdo con esta concepción, se ubicaba muy atrás en el tiempo un pasado esplendoroso cuando el país fue sede de enormes administraciones territoriales, durante el período Inca o durante los Austrias, que después se iría desmoronando, en la suerte de ininterrumpida decadencia: el lamento por la guerra que se perdió, por la clase dirigente que no tuvo. Definiciones por negación. Mejor dicho: por contraste con un imaginario "*debe ser*".

Sobreponiéndose a un presente desalentador, Riva Agüero postulaba la necesidad de construir la nación peruana. Esa era precisamente la tarea primordial de la historiografía. "*La patria es una creación histórica*", decía. Desde luego, la nación era entendida como síntesis. Unión y encuentro entre esas tradiciones culturales que habían hecho la historia del Perú, alrededor de una nueva clase dirigente, que asumiera su pasado y fuera capaz de afrontar los desafíos de un país poco integrado. Pero aunque no existía la nación, sí estaban sentadas sus bases, lo que explicaba que algunos intelectuales la hubieran anunciado. Aparece el concepto de precursores. Ocurre que para Riva Agüero la nación era, ante todo, un "*alma colectiva*" cuyo perfil en el Perú tenía que ser mestizo: "*esa alma existe, aunque alejada y adormecida*".

La síntesis llevaba a postular a la historia alrededor de un centro. Se privilegia, lógicamente, algunos destinos individuales. El Garcilaso elogiado por Riva Agüero era algo más que el cronista y el historiador del pasado prehispánico. Un intelectual que se enorgullece de sus antepasados incas y españoles, que defiende al Tahuantinsuyo pero escribe desde su exilio en Montilla y en castellano; era el prototipo del futuro hombre peruano. De esta manera la historia servía para extraer lecciones e incluso proponer modelos.

A principios de siglo este discurso tenía algunos elementos críticos (que podrían remontarse a ese áspero censor de la moral republicana que fue González

Prada), pero con el tiempo se fueron perdiendo y cuando en los años 30, la clase alta peruana recupera el poder (que en alguna medida había perdido durante la administración de Leguía) apareciendo entonces una derecha que trata de imponer sus modelos culturales, Riva Agüero pasará a ocupar un efectivo liderazgo intelectual. Al terminar ese decenio se tornarán abiertas sus simpatías por la Italia fascista (prologa una edición de discursos de Mussolini) y cuando en 1939 triunfa Franco, Riva Agüero creará entender que modernidad y pensamiento conservador son sinónimos. El mestizaje será el elogio a la obra de España en América y la colonia un momento glorioso, rompiendo lanzas contra cualquier versión en contrario, alentada antes por el protestantismo y en ese entonces, por los indigenistas, sinónimo casi de "rojos". Surge la noción de "hispanidad": *"hoy tenemos, no ya sólo la posibilidad racional sino la probabilidad más fundada de confirmar la interrumpida y magna obra de nuestros comunes antecesores, de reconstruir el Imperio espiritual y moral"*³. Defensa de la conquista. La biografía por excelencia de la historia peruana ya no será la de Garcilaso sino la de Pizarro. Mientras se erige un monumento en homenaje al conquistador en la Plaza de Armas de Lima (1935), Raúl Porras (1897—1960), un historiador de la generación siguiente a Riva Agüero, antes liberal, emprende eruditas indagaciones sobre Pizarro en Sevilla, que luego serán materia de artículos y discursos. Pero donde Riva Agüero encontrará sus mejores discípulos es entre aquellos jóvenes que por entonces llegaron a la universidad y encontraron al país amenazado por lo que creía subversión de las masas (el aprismo y el comunismo). Entre ellos reclutará a Guillermo Lohmann y después a José Agustín de la Puente. Se termina de constituir lo que algunos denominarán corriente hispanista y otros, historiografía tradicional.

El caso de Lohmann (n. 1915) será el de un historiador con muchas horas de trabajo en los más diversos archivos, conocedor sin par de los siglos XVI y XVII, autor de más de un centenar de monografías eruditas, de varios libros pero de ninguna historia general de la colo-

3. Riva Agüero, José de la, *Escritos políticos, Obras Completas*, Tomo XI, Lima 1976, pp. 295—296.

nia, donde el apego a los documentos, la precisión y la novedad de los hallazgos, nubla cualquier horizonte mayor. Guillermo Lohmann escribe sobre los españoles en el Perú: sus instituciones (el corregimiento), sus minas (Huancavelica), sus personajes (el conde de Lemos), su teatro y su literatura (Garcés), sus problemas íntimos (los testamentos), pero ignorando toda la vertiente indígena e incluso asumiendo a ratos el lenguaje (su prosa está plagada de arcaísmos) y la actitud de los funcionarios coloniales (párrafos de menosprecio a los indios y hasta de cierto desdén por los judíos salpican sus escritos). José Agustín de la Puente (n. 1922), en cambio, no posee la misma rigurosa erudición. Estudioso de la independencia ha batallado siempre por argumentar una sola tesis: el Perú rompe con España como el hijo mayor se separa de su madre y como consecuencia, antes que de una guerra se trata de una toma de conciencia personal e íntima, vivida por esos intelectuales de fines del siglo XVIII que reciben el nombre de precursores. Pero estos procesos íntimos son tan sutiles que cuando no existen evidencias es lícito suponerlas: el empleo del condicional hace que hasta un ilustrado como Olavide, que vivió muy lejos del país, pueda haber anunciado la independencia. De la Puente es un continuador de Riva Agüero y antes que éste, de Bartolomé Herrera y de toda una corriente de pensamiento conservador que buscó una identificación con España. Esta historiografía tendrá una relación privilegiada con la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, bajo cuyo modelo se establece en Lima el Instituto Riva Agüero (1947). Entre una y otra institución se dará un intercambio frecuente de profesores y de alumnos. De aquí irán José Antonio del Busto, Carlos Deustua y otros; de allá vendrán Fernando de Armas, Rodríguez Casado. . . Todo esto bajo el manto protector de un catolicismo conservador.

Esta historiografía fue modelando, desde los años treinta y hasta fines de los sesenta, la conciencia histórica peruana. Sus tópicos y personajes invadieron los textos escolares, los discursos cívicos, los monumentos y los nombres de las calles. A fuerza de repeticiones, la nación peruana, de proyecto, se convirtió en realidad: el Perú fue inscrito en la tradición occidental y cristiana a la que terminaban subordinados los indios. Esta versión, sin embargo, no fue aceptada unánimemente. En

la ribera opuesta aparecieron, desde los años 20, historiadores que por contraposición terminarían siendo llamados indigenistas. Ellos emprendieron el estudio del pasado prehispánico, en particular de los incas, con un tono que iba más allá de la obra de investigación, para encontrarse con el ensayo y la reivindicación social: es el caso de Luis Valcárcel (1891—1986). También de Emilio Romero y antes de Julio C. Tello (1880—1947). Este último, médico convertido en arqueólogo, en 1919 excava en Chavín, luego elabora el primer estudio estructural de los mitos andinos y en 1921 un esquema de la evolución del Perú antiguo. En la versión que los indigenistas elaboran, el Perú no era una nación. Era un país donde desde la conquista, coexistían dos tradiciones culturales enfrentadas: la occidental y la autóctona. El futuro podría deparar que ese enfrentamiento termine produciendo una fusión. Pero todo el interés que prestaron a la vertiente indígena contrasta con la escasa presencia que en sus obras tuvieron otros grupos étnicos como la minoría negra o china, los habitantes de la Amazonía, etc. El Perú era un país dual: españoles e indios, Costa y Sierra, Occidente y los Andes.

Cuando la vida intelectual peruana es hegemonizada por la derecha, el indigenismo se repliega para asumir ropajes académicos. Durante esos años Valcárcel dictará sus clases en San Marcos y terminará elaborando un texto en cuya portada aparece el término "ethnohistoria" (1959). Otros indigenistas vivirán en una especie de destierro interior, en sus provincias, en Ayacucho y Cusco, escribiendo en revistas como *Huamanga* (1906—1967) y *Tradicción* (1950—1958). Un ejemplo sería Navarro del Aguila interesado tempranamente en el estudio de los grupos étnicos rivales de los incas en la región de los Pocras (Ayacucho, 1939). Pero la mejor proyección de esta corriente, a diferencia del hispanismo, no se dió en el campo de la historia sino en el folklore (Efraín Morote Best). La historia, mientras tanto, se hacía desde Lima. Tenía como instrumentos a la Academia de la Historia, a la *Revista Histórica* (1906—1967) y a otras publicaciones cercanas como *Mercurio Peruano* o *Mar del Sur*, (1948—1953) todas hegemonizadas por una cultura de derecha.

Quedaron igualmente relegados los historiadores marxistas. José Carlos Mariátegui (1894—1930) está

en el inicio de esta corriente. Es evidente que no fue un historiador profesional. Escribió ensayos destinados en su gran mayoría para periódicos y revistas. Pero la preocupación por definir esa compleja "realidad peruana", llevó a que Mariátegui se interesara por la historia y por descubrir la especificidad de un país donde el comunismo agrario había persistido hasta el siglo XVI, coexistiendo con una sólida formación estatal; la conquista implica tanto un corte histórico como la llegada del feudalismo que sin embargo no arrasa con el colectivismo agrario refugiado en las comunidades campesinas; con el siglo XIX se establece el orden burgués y el capitalismo pero limitado a la costa, de esta manera, se termina proponiendo la imagen de un país en el que coexistían diversas etapas de la evolución histórica, desde el "hombre de la edad de piedra" hasta el hombre de la industria y la modernidad⁴.

El marxismo, para Mariátegui, era la ocasión de pensar los problemas peruanos con categorías universales pero sin perder la especificidad nacional. Para llevar adelante este propósito resultaba necesaria la vinculación entre marxismo e indigenismo. Pero esta confluencia que parecía muy alentadora, llega a su fin con los años 20: después continuarán como dos vertientes separadas. El marxismo se convierte en un discurso de manual. Una muestra de lo dicho puede ser ese ensayo donde Martínez de la Torre se empeña en parafrasear a Stalin para hablar de la nación en el Perú (1949). Los temas de discusión posteriores serán el carácter de la sociedad peruana, si existió o no feudalismo, si el imperio incaico fue esclavista. . . Esta vertiente llega hasta un excepcional autodidacta, Emilio Choy, quien en los años sesenta, junto con un joven arqueólogo, Luis Lumbreras (n. 1936), introducirá el pensamiento de Gordon Childe en el Perú para discutir la aparición del Estado en los Andes, el papel de las ciudades, la revolución neolítica.

En medio de una situación empantanada, donde los discursos de uno y otro lado, hispanistas, indigenistas o marxistas se podían tornar repetitivos, el cambio vino desde fuera, tanto de la historia como del país. Tres

4. Para una discusión mayor me remito a mi libro *La agonía de Mariátegui*. Lima, DESCO, 1980.

investigadores norteamericanos o establecidos en Norteamérica renovarían los conocimientos sobre los incas y, en general, sobre el mundo andino. En orden de aparición fueron Rowe (1945), Murra (1955) y Zuidema (1964). Con ellos se plantea nuevamente la necesidad de buscar lo específico de ese mundo andino que no parece sujetarse al vocabulario habitual. Murra lo planteaba con toda claridad en el prólogo de su tesis: los incas no eran evidentemente una sociedad socialista como había pretendido Baudin (1928), tampoco era esclavista, de acuerdo a múltiples evidencias y el término feudal sonaba a obvio anacronismo. ¿Qué eran entonces?. Esta pregunta llevará a que Murra introduzca la antropología económica, hable de reciprocidad y redistribución constante (tras los pasos de Troll y Pulgar Vidal), y de la existencia de la llamada verticalidad andina (el control de varios pisos ecológicos). Pero una obra inicialmente inspirada por el marxismo, donde la preocupación central estaba puesta en la totalidad social, los grupos se conformaban y los conflictos, derivará en un discurso obsesionado por el hombre andino: un producto tan original y permanente que dejaba de ser histórico. La etnohistoria terminó encontrándose con el pensamiento conservador y es así como Murra recluta entre sus discípulos a un historiador formado en la Universidad Católica y el Instituto Riva Agüero, Franklin Pease, quien a su vez "*redescubrirá*" el interés que Riva Agüero había tenido por los incas. El acento se pone en las continuidades y permanencias.

La labor de Franklin Pease está vinculada también a la edición de crónicas y visitas. Decía Porras que toda renovación historiográfica obedece al hallazgo de nuevas fuentes. Esta frase parece ser una concesión al empirismo pero es cierto que no entenderíamos a la etnohistoria sin considerar la lectura de esos testimonios que nos acercan a la vida campesina y los problemas locales. La edición de **Dioses y hombres de Huarochirí** permite entender, por ejemplo, el imaginario religioso de los pueblos andinos: fue hecha por Duviols, Spalding y Arguedas. Después Gerald Taylor publicó otra versión. El manejo de textos ha obligado a un ejercicio cuidadoso de la crítica de fuentes: Carlos Aranibar compulsando crónicas y estableciendo filiaciones entre unas y otras ofreció un ejemplo impecable.

En el caso peruano como en el de cualquier otra historiografía, no todos los historiadores resultan adscritos a una corriente. Siempre están las excepciones o, si se quiere, esas personalidades solitarias. En el Perú el ejemplo por excelencia sería Jorge Basadre. Nacido en 1903, se interesó tempranamente por los años iniciales de la república pero combinando la detenida lectura de periódicos y documentos, con la elaboración de un ensayo que tuvo el título significativo de **Perú: problema y posibilidad** (1930). En los años que siguen, Basadre sale del país, trabaja temas diversos como la historia del derecho o la época del Conde de Lemos, para luego emprender una obra de gran aliento, excepcional en una historiografía donde el artículo y la indagación monográfica primaban sobre los libros: su historia de la república que se fue ampliando en sucesivas ediciones desde 1939 hasta la última, póstuma, en 1983. Aunque se hacen referencias a Febvre y Bloch, su verdadero modelo fue Mommsen y su historia de Roma. Este no fue el único autor germánico que lo apasionó: también Max Weber y Ernest Bloch. Basadre se interesó por la teoría de la historia y las discusiones metodológicas. Esta obra hecha por un historiador provinciano, distanciado de la oligarquía y, en ocasiones (al inicio y al final de su trayectoria intelectual) próximo al socialismo, estuvo, sin embargo, dominada por algunas de las preocupaciones de Riva Agüero. Una cita podría resumir la concepción histórica de Basadre: "*La historia del Perú en el siglo XIX es una historia de oportunidades perdidas, de posibilidades no aprovechadas*"⁵. Con esa misma perspectiva vio en la independencia el legado de una promesa incumplida: la de construir una nación.

En 1971 se celebró el sesquicentenario de la independencia peruana. Parecía una ocasión propicia para que la historiografía tradicional hiciera un despliegue de su retórica y sus investigaciones. Esto no ocurrió. Apareció más bien un "aguafiestas"; el historiador Heraclio Bonilla y un ensayo, escrito en colaboración con la historiadora norteamericana Karen Spalding, donde se cuestionaba la existencia misma de la nación peruana.

5. Basadre, Jorge, *Meditaciones sobre el destino histórico del Perú*, Lima, Huascarán, 1947, pp. 138-139. Este texto es comentado por Magdalena Chocano en su artículo antes citado.

na, el rol de los criollos y se sostenía que la independencia fue sólo consecuencia de la crisis general del sistema colonial español y además, importada por los ejércitos de San Martín y Bolívar, fundando así una sociedad aparentemente nueva pero en la que se prolongarían las estructuras coloniales. Se desató una polémica que tuvo más el carácter de diatriba periodística. Años después terciaría Basadre con un texto titulado *El azar en la historia*. En la vertiente historiográfica tradicional no encontramos nada equiparable (ver anexo). La Academia de la Historia entró en práctico receso. Se dejó casi de publicar la *Revista Histórica* y se despoblaron los seminarios del Instituto Riva Agüero. Imposible no relacionar todo esto con las reformas que desde el año 1968 había emprendido el gobierno del General Velasco. Terminaba el Perú oligárquico y sus intelectuales perdían cualquier soporte social. Un caso excepcional fue Lohmann, que siguió publicando pero fuera del país, en revistas y editoriales españolas: la distancia lo preservó del deterioro. Otra excepción sería Fernando de Tragzenies, ubicado en la incierta frontera entre el pensamiento crítico y el neoliberal. La historiografía tradicional se refugió en algunas comisiones oficiales como la historia marítima auspiciada por la Marina de Guerra (un arma casi siempre opuesta a Velasco y sus reformas).

* * *

En el vacío que quedaba apareció otra historiografía que tempranamente asume el marxismo e inicia un ritmo creciente de publicaciones: se inician en 1971 y se incrementan alrededor de 1978 y después alcanzan otro pico en 1986 (ver anexo). No era sólo el posible entusiasmo ante un libro impreso —un promedio de tres libros importantes a lo largo de quince años—; también la existencia de una demanda proveniente de nuevos lectores que ya no creían en las respuestas de los manuales escolares. Hay un evidente contrapunto entre producción historiográfica e historia política. En 1971 las reformas militares generan la crisis final del orden oligárquico; en 1978 el proyecto militar llega a sus límites y se inicia la crisis actual. Casi sin confrontación y con el horizonte abierto se desplegarán las investigaciones

en dos direcciones. Primera, los estudios de historia económica, influidos por la llamada teoría de la dependencia y donde el interés era desmontar los mecanismos de extracción de excedentes y de condicionamiento ejercidos sobre el espacio económico peruano (Bonilla y Yepes). Segunda dirección: los estudios sobre movimientos sociales que perseguían encontrar otros protagonistas de la historia en obreros, artesanos o campesinos (Sulmont, Kapsoli). Quienes hacían esta nueva historia no siempre eran historiadores de profesión. Algunos provenían de la sociología, la antropología o la economía. Pero, insisto, todos eran, en mayor o en menor medida, tributarios del marxismo. Casi todos residen y publican en Lima pero la mayoría son provincianos. Pocos han publicado en el extranjero (ver anexo).

La división temática entre historia económica e historia social, se irá convirtiendo con el tiempo en una escisión más profunda, entre una historiografía que se pretende académica, rigurosa y preocupada por la resonancia de sus temas en congresos internacionales o en revistas especializadas (en particular de lengua inglesa) y otra, encerrada en el Perú, casi provinciana, interesada en ese público inmediato conformado por estudiantes universitarios y hasta por los nuevos sectores populares: obreros, migrantes, habitantes de barrios marginales. En el primer caso la relación privilegiada que la historiografía tradicional tenía con Sevilla será sustituida por New York y los historiadores norteamericanos. El Instituto de Estudios Peruanos —formado originalmente por un grupo de tímidos socialistas— ocupará el lugar intelectual que antes tenía el Instituto Riva Agüero⁶. Se producirá un flujo de becarios hacia Norteamérica y, aunque algunas veces se trata de vinculaciones con historiadores progresistas y hasta marginales a su país, compartirán con muchos otros el empirismo, la supuesta rigurosidad, el estilo académico: aparecerá en el Perú una historia despolitizada, de la que en ocasiones se deben suprimir términos como imperialismo o lucha de

6. Es evidente que pretendemos describir una corriente historiográfica dentro de la que existen también excepciones. Estas apreciaciones no niegan el valor historiográfico de las obras comentadas. Esta corriente ha terminado produciendo una revista de evidente calidad y de proyecciones continental como es *Hisla*.

clases. Estos historiadores impulsaron el trabajo en equipo, el uso de la computación y, por consiguiente, la búsqueda de financiamientos externos.

Los otros, en cambio, afincados en el trabajo artesanal y con escasos recursos, llevaron a veces hasta las formulaciones más elementales ciertos planteamientos marxistas: todo se explicaba porque existían explotadores frente a los cuales emergían rebeliones, cuyo interés parecía reposar en el número de muertos ocasionados. Este discurso terminó encontrándose con algunas convicciones populares y con la necesidad de esos sectores sociales que en los años sesenta y setenta llegaron a los centros de estudio buscando una imagen del Perú, que con el tiempo recibirá la denominación de "*idea crítica*"; los males del país arrancan con la conquista, los incas fueron un momento de esplendoroso desarrollo negado por la colonia (mita y despoblación), que no pudo superarse durante la independencia y cuya liquidación aguarda como tarea perentoria para el futuro inmediato. Esta imagen, del aula universitaria llegó a la escuela, y a pesar que los libros de textos seguían obedeciendo a la historiografía tradicional, estos contenidos fueron impartidos por maestros que desempeñaron un rol decisivo en un país donde la trasmisión oral sigue siendo gravitante⁷.

La "*idea crítica*" ha terminado sustituyendo, en muchos lugares, a la versión tradicional de la historia peruana: este hecho constituye una verdadera transformación ideológica (estudiada y bautizada por Gonzalo Portocarrero) en la que si bien han participado los historiadores, ha sido obra directa de los maestros de escuela, cuyo número se incrementó de manera visible entre 1960 y 1980. Los escolares pasan en esos años de 1'367,000 a 4'107,000. La escuela llega a los lugares más apartados. Resulta sorprendente que mientras las condiciones de vida de la población peruana se fueron deteriorando (el desempleo en estos años alcanza hasta 50 o/o de la población económicamente activa), la curva de escolaridad fue en ascenso, dando como resultado la desconcertante situación de jóvenes sin ocu-

7. Portocarrero, Gonzalo. "El Perú desde la escuela", libro inédito en el que su autor explica qué es y cómo apareció la "*idea crítica*". De ese mismo libro proceden las estadísticas que citaremos a continuación.

pación pero con estudios universitarios. Pasamos de 27,000 universitarios en 1960 a 177,000 en 1980; de 8 a 23 universidades en ese mismo período. Esos jóvenes no sólo fueron recipientarios de lo que escribían los historiadores sino que además se convirtieron en el soporte social de esa nueva historia marxista, que ponía a sus padres y abuelos como los verdaderos protagonistas del pasado peruano. Se explica así la publicación de una revista a mimeógrafo como **Campesino** (Rengifo, Valladares) y las repetidas ediciones de la historia de los movimientos campesinos elaborada por Wilfredo Kapsoli. Estas preocupaciones irrumpieron también en los predios de los marxistas académicos. En parte porque algunos de los historiadores allí establecidos provenían de los mismos medios populares: los casos de Burga y Bonilla a la búsqueda de sus raíces familiares estudiando el Valle de Jequetepeque (desde el siglo XVI hasta este siglo) y la formación del proletariado minero de Cerro de Pasco, respectivamente. Para elaborar su libro, Burga recurrió a los papeles y al testimonio personal de su abuelo, un campesino parcelario de Jequetepeque, así como antes Riva Agüero había utilizado su frondoso archivo personal para informarse acerca de sus antepasados, de los que había heredado haciendas y propiedades urbanas. El caso de estos dos historiadores ilustra la relación que se dio entre nuevos temas y cambios en la composición social. En otros casos, como el de Scarlett O'Phelan, debió mediar una opción ideológica: ella, asesorada por Lynch y Hobsbawn, ha elaborado el más importante estudio sobre movimientos campesinos (se ocupa del siglo XVIII en el Alto y Bajo Perú); similar fue el caso de Pablo Macera, de quien hablaremos luego. Cuando un periodista le preguntó a éste si era un "funcionario ideológico de la clase media", respondió: "No. Porque pienso que, al igual que muchos de mi promoción, he sufrido (. . .) un proceso de desclasamiento"⁸.

Un sector del marxismo académico ha terminado confundiendo con la etnohistoria y con la historiografía que desde otros países, como Estados Unidos o Francia, se hace sobre el Perú. Esta es la conclusión que

8. Entrevista a Pablo Macera hecha por César Hildebrandt (5.5.80) publicada en el libro de éste último *Cambio de palabras*, Lima, Mosca Azul, 1981, p. 293.

cualquier lector podría sacar leyendo el ensayo que en 1980 elaboró Heraclio Bonilla queriendo definir "El nuevo perfil de la historia del Perú" (La Revista, No. 4, 1982). Mostraba allí la existencia de más de sesenta nuevos estudios, entre libros y tesis universitarias, que en su conjunto habían renovado en los diez últimos años las interpretaciones sobre determinadas épocas (la era del guano), ciertos personajes (Mariátegui y su tiempo), algunos problemas (la conquista y la demografía). Podríamos añadir el rol central atribuido a Túpac Amaru (Durand, Golte y otros). Pero renovación temática no era necesariamente sinónimo de renovación conceptual. Aunque resulte paradójico, esa nueva visión seguía siendo tributaria, en muchos aspectos, de Riva Agüero. En efecto, a él podía remontarse esa obsesiva preocupación por la nación, el lamentarse una vez más las ocasiones perdidas o la carencia de una clase dirigente. Alguien que no era del gremio, el antropólogo antes y ahora politicólogo Julio Cotler, emprendió el esfuerzo ambicioso de condensar todos esos aportes en función de entender los cambios que se desencadenarían en el país a partir de Velasco: éste fue el origen de su libro **Clases, Estado y Nación en el Perú**, pero la versión que propone parte de una definición implícita de lo que debiera ser una nación, para constatar que no existe en el Perú. El país definido negativamente: esta vez tomando como modelo una supuesta historia europea. La imagen ocultada por el espejo. Si volvemos atrás y reparamos en el más audaz producto de la nueva historiografía, el libro de Heraclio Bonilla **La independencia en el Perú** (1971), su argumentación resulta en definitiva una glosa tardía y sin referencia de las reflexiones de Riva Agüero en el campo de batalla de Ayacucho. El vacío dejado por la historiografía tradicional hizo que en los años de formación, Bonilla al igual que otros historiadores no hubieran tenido maestros con los que confrontarse. Terminaron ignorando la obra de sus antecesores y como a veces ocurre, desconocer el pasado acarrea el grave costo de terminar dominado por los muertos. Aquí intervino otro factor: la poca preocupación que los nuevos historiadores parecían tener por el sustento metodológico de sus trabajos. El afán por investigar y escribir restó tiempo a la reflexión. A nadie le interesó tampoco la historia de la historiografía. So-

bre Riva Agüero, aparte de su último discípulo, César Pacheco Vélez, y Basadre en el prólogo a la *Historia del Perú*, sólo se ha ocupado Luis Alberto Sánchez (1985), pero la generación de éste último sí tuvo interés en realizar lo que llamaron "*balance y liquidación*" de sus predecesores intelectuales⁹.

No puede omitirse que en los años setenta ya existe un sólido grupo de "*peruanistas*". Se trata de historiadores norteamericanos, franceses, españoles, alemanes, japoneses, noruegos, para mencionar algunos países. Es otro tema ocuparse de la imagen histórica que ellos construyeron. Es la historiografía sobre el Perú. Y es evidente también que al lado de una gran cantidad de páginas que apenas reúnen aportes empíricos, existen obras de la envergadura de *La Visión de los Vencidos* (N. Wachtel) o espléndidos estudios sobre Huamanga (Steve Stern) o la sierra central (Flores Mallon). Estos historiadores citados, además, han buscado articularse con la intelectualidad peruana y sacrificando tiempo y recursos de sus investigaciones, han contribuido al desarrollo de algunos jóvenes historiadores. No son los únicos. Están mencionados a título de ejemplo de cómo es posible mantener relaciones paritarias con los historiadores de fuera.

Tiempo atrás, en 1962, cuando las propuestas hispanistas o indigenistas parecían funcionar y tenían vigencia, Luis Loayza observaba que "*los peruanos no hemos forjado todavía ninguna imagen universal de nosotros mismos que reemplace a los grabados antiguos en que llevábamos plumas y hermosos vestidos*"¹⁰. El empeño de la historiografía peruana había sido justamente construir esa imagen, buscándola en el pasado.

-
9. Fue un tanto prematura la liquidación que quiso hacer Sánchez de los noventaístas en 1932. No habría que repetir el mismo error. La "nueva derecha peruana", que se proclama liberal, quiere mirar hacia adelante buscando la modernidad deshaciéndose de un pasado vivido como lastre: no tiene mucho espacio para el análisis histórico, de lo que tal vez ya se dieron cuenta Fernando Iwasaki y otros que merodearon el Instituto Libertad y Democracia. Este es el verdadero laboratorio intelectual de la derecha y ya no el Instituto Riva Agüero. La disciplina privilegiada es ahora la economía y no la historia. El problema tampoco es la cuestión nacional sino la salvación por el capitalismo.
10. Loayza, Luis, *El sol de Lima*, Lima, Mosca Azul, 1974, p. 79.

La nueva historiografía siguió en ese mismo esfuerzo pero quizá sin el éxito esperado. El año 1980, una casa editorial que asumió el peculiar nombre de Mosca Azul, reunió a un conjunto de historiadores para que en pocas páginas escribieran un manual diferente de historia peruana: sin recargo heurístico debían compendiar lo que se conocía desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Fueron ocho los convocados (Lumbreras, Aranibar, Burga, López Soria, Flores Galindo, Bonilla, Yepes y Cotler) pero pronto los editores debieron llamar a otros dos autores (Espinoza y López) que subsanaran el terrible vacío de lo que llamaron "sociedad andina". El libro terminó escindido entre historia nacional e historia andina; esto traslucía la dificultad de articular el nuevo y el viejo discurso historiográfico. Hubo otro aspecto del que no fueron conscientes los editores: la desproporción entre las páginas asignadas al período prehispánico (muy pocas) y las que se dedican a historiar el Perú a partir de 1531 (90 o/o del libro).

* * *

Hasta aquí hemos venido hablando de problemas intelectuales y de problemas políticos que, a veces, lindan incluso con el delicado terreno de las opciones personales. No se habla así con frecuencia de la historiografía de otros países. No es éste el tono que encontramos en los trabajos, por ejemplo, de Le Goff (Francia) o Romano (Italia) y cuando aparece es de manera abrupta y excepcional, requiriendo casi hasta de una disculpa (Guerreau en Francia) o terminado en el mayor vacío entre sus colegas (Fontana en España). En el Perú no sucede así. El ensayo de Bonilla sobre la historiografía fue seguido de una discusión; pero, si se trata de apasionamiento, podríamos recordar las reseñas y "estados de la cuestión" que periódicamente publica Henrique Urbano (antes en *Allpanchis* y ahora en la *Revista Andina*), la a veces áspera discusión en torno a mi libro *La agonía de Mariátegui* (1980), sin olvidar las discusiones entre Ruth Schady y Luis Lumbreras sobre Huari y el debate entre Manrique y Bonilla sobre los campesinos y la guerra del Pacífico. La pasión se entiende si consideramos que, en muchos casos, problemas historiográficos y problemas personales se superpo-

nen. Para discutir la caracterización de la sociedad peruana, cuando Rodrigo Montoya decide sustituir los discursos teóricos por el análisis histórico, regresa a su pueblo, a Puquio, a buscar documentos y reencontrar personajes de su infancia. A veces pareciera que la búsqueda de esa imagen del Perú es la búsqueda de una identidad personal: la historia puede terminar reflejando como un espejo la imagen del propio historiador. Esta aventura implica en ocasiones, hasta verdaderos riesgos personales.

Cuando en 1965, José María Arguedas —a quien además de sus novelas y estudios antropológicos le debemos la difusión de excepcionales documentos para la historia andina colonial—, inició la publicación de la revista *Historia y Cultura*, decía que “*en un país con algo más de diez mil años de antigüedad y cargado con problemas históricos fascinantes por la diversidad profunda de sus orígenes, el historiador concluye por ser generoso y apasionado y, por tanto, más necesitado que cualquier otro de la disciplina y de la más sólida formación teórica*”¹¹. Esta conciencia de estar asentado sobre un país de una gran densidad histórica la comparten los historiadores y muchos otros que no lo son. Cualquier problema requiere ser entendido históricamente. En el saber común, para explicar lo bueno y lo malo que ocurre, hace falta remontarse a la conquista, los incas o más atrás. Al antropólogo Cotler le asombraba que en los años sesenta para explicar por qué no existían haciendas en el valle del Mantaro (Arguedas, Espinoza y otros) le hablaran de los Huancas y su pacto con la hueste conquistadora en el siglo XVI. Años después, él mismo terminaría haciendo algo similar para explicar a Velasco. El Perú es un país donde existen movimientos políticos que dicen inspirarse en valores de la civilización incaica y en contrapartida, los insurrectos que ahora siguen las banderas “*senderistas*”, afirman luchar contra un sistema de explotación que se estableció en los Andes en el siglo XV (cuando aparece el imperio Huari). Hay una suerte de predisposición a pensar en “*larga duración*”.

11. Arguedas, José María. “Nota preliminar” en *Historia y Cultura*, Lima, No. 1, 1965, p. II.

Todo esto permite entender que en tiempos de crisis como los que estamos viviendo, los historiadores (por lo menos algunos) terminen asumiendo un aura profética. Se advierte, por ejemplo, en un grupo de psicoanalistas que, interesados por entender a la sociedad peruana, se reúnen alrededor de la historiadora María Rostworowski. En las preguntas que sobre la actualidad plantean los periodistas a investigadores "especializados" en el siglo XVII o en el siglo XVIII. Pero, sobre todo, en la función social que ha tenido Pablo Macera: durante varios años, aproximadamente entre 1975 y 1985, ha venido pronunciándose sobre los acontecimientos nacionales, ofreciendo interpretaciones históricas sobre lo que estaba sucediendo y, ante la demanda de quienes lo entrevistaban, arriesgando pronóstico sobre lo que podría suceder. Todo este material ha sido reunido en un libro titulado *Las Furias y las penas*. Recordando su paso por Lima, el historiador francés Pierre Vilar ha dicho que para él, "*Pablo Macera fue una especie de revelación porque nunca he encontrado, en ningún sitio en el mundo, alguien que tenga esta preocupación por el conjunto de la historia, aunque con ciertas preferencias hacia el arte popular. Es un hombre absolutamente fantástico. Desde este punto de vista es el hombre que piensa la historia de la manera más viva y por eso es que me interesa*"¹².

Macera (n. 1929) ha construido otro de esos itinerarios particulares, absolutamente irreductible a cualquier corriente. Empezó como discípulo de Raúl Porras y en la temática de la historiografía tradicional, interesado en los precursores. En 1955 ganó un concurso con un estudio sobre *La formación de la conciencia nacional*, que pronto dejaría atrás, pasando de la historia de las ideas a la manera convencional, a una historia que sin aspavientos de originalidad, ahora se llamaría de las mentalidades, estudiando la actitud de la Iglesia ante la vida económica, la sexualidad, la enseñanza elemental, en un siglo XVIII que comenzó a pensarlo en sí mismo y no en función de la independencia que vendría después. Salió del Perú. Estuvo en Francia y allí se interesó por la historia económica. Desde 1965 em-

12. Varios. *Peruanistas contemporáneos*, Lima, CONCYTEC, 1988, p. 23.

prendió un conjunto de investigaciones sobre el agro y la agricultura peruana: las haciendas jesuitas, los precios y salarios, la servidumbre en los andes, los movimientos de población, la circulación monetaria. No todas estas investigaciones culminaron. Pocas se publicaron pero Macera terminó proponiendo un nuevo utilaje conceptual para la historiografía peruana (la noción de "*feudalismo colonial*", por ejemplo) y es evidente que sin la labor docente que ejercía en los archivos y su casa (más que en el aula) no seríamos historiadores ni Kapsoli, ni Burga, ni yo, para sólo mencionar a tres. Macera, además, ha sabido interesarse por distintas épocas hasta trasponer esa infranqueable frontera entre historia y arqueología. Un antiguo interés por el arte popular (compartido con Arguedas y Elvira Luza) lo ha llevado a formar una importante colección de cerámica y pintura, colonial y republicana, de la que sólo una muestra se encuentra en su libro *Pintores populares andinos*. En esas páginas podemos apreciar a un historiador que ensaya interrogar objetos y podemos advertir que ese libro es resultado de varios viajes por el interior del país, a veces a caballo o a mula, para llegar así a los parajes más apartados. Podrían reunirse en un libro de lectura muy provechosa los diversos ensayos que después Macera ha venido publicando, de manera dispersa, sobre la cerámica de transición, los retablos ayacuchanos, la pintura mural en Perú y Bolivia, etc. Ahora, Macera ha incursionado en la elaboración de manuales escolares, buscando tender un puente entre las nuevas investigaciones y la escuela: nuevamente la presión social que el país ejerce sobre sus historiadores.

La obra de Macera plantea un problema que también constituye un desafío: ¿cómo ser historiador en el Perú?. Aquí, si bien el pasado gravita fuertemente sobre el presente, termina quedando recubierto, oculto a veces y casi siempre poco accesible. En otras palabras, se trata de un país de antigua historia pero donde 95 o/o de su pasado corresponde a lo que ocurrió sobre los Andes antes de la llegada de los europeos, quedando por lo tanto fuera de la transmisión escrita. Para los siglos que siguen, en alguna medida, el problema se prolonga que esas poblaciones campesinas que buscaron simular su cultura recurriendo al engaño o al sincretismo y que, al margen de esto, hablaban otras lenguas y pocas veces

accediana la escritura. Resulta paradójica una disciplina basada en documentos, en un país donde éstos son excepcionales porque, además, a lo dicho, habría que añadir la tardía formación de un sistema nacional de archivos y la depredación de los fondos documentales. Quizá entonces se requiere recordar que la historia no sólo se hace con escritura. Pero en las universidades, a los historiadores sólo se les enseña, en el mejor de los casos, a entrar en un archivo. Distanciados de los arqueólogos no saben cómo interrogar a una edificación, un objeto o un plano. Se puede lamentar también el escaso desarrollo de la geografía peruana. Historiadores de escritorio terminan siendo incompatibles con un país de distanciados espacios rurales, donde se requiere viajar y con frecuencia saber interrogar a los vivos. ¿Cuántos conocen quechua? Es una incómoda pregunta para cualquier historiador (tal vez por eso han preferido inventar al hombre andino). Sólo en estos últimos años encontramos algunos historiadores que aprendieron el quechua en su infancia. Antes, Tello fue una excepción.

El Perú significa otros desafíos para la Historia. Es un país cuya población sufre de un agudo déficit en la producción de alimentos y donde las tierras de cultivo han tendido a disminuir, contrastando con el explosivo crecimiento de su población. En los tiempos prehistóricos parece haber existido un cierto equilibrio entre alimentos y población, que asombró a más de un cronista (los españoles venían de una economía sujeta a periódicas crisis agrarias). ¿Qué ocurrió luego?. La respuesta puede dar origen a encendidos discursos contra la invasión europea o a propuestas añorantes de un pasado quizado imaginado. Pero también, si se plantean problemas históricos, es decir, problemas específicos, ubicados en un lugar y para alguna época, se encontrarían respuestas que serían de utilidad tanto para agrónomos como planificadores. Requerimos una historia de la frontera agrícola, de los cultivos, de la alimentación. Encontrar respuestas a preguntas sobre por qué avanzó la desertificación en la costa, a qué se debe la existencia de tantas andenerías abandonadas, qué ocurrió con los sistemas de riego.

A la nueva historia en el Perú no sólo debe interesarle esta dimensión objetiva de los problemas. También la forma cómo han sido vividos por los protagonistas.

tas, sus ideas y sentimientos, sus esperanzas para de esta manera devolver la palabra a quienes fueron condenados al silencio. Esto significa hacer de lo "andino" una categoría histórica: mostrar los avatares de una cultura dominada que así como se esconde, también asimila nuevas categorías y se recrea. Este es el origen del interés que algunos historiadores tienen por la antropología y, más recientemente, por el psicoanálisis. Parecen ampliarse las fronteras de la historia en el Perú.

Pero sigue en pie el problema recurrente de saber qué es el Perú. Los nuevos temas y las nuevas investigaciones no producen necesariamente una nueva visión de la historia peruana. Después del libro antes citado de la editorial Mosca Azul, un proyecto de mayor envergadura fue asumido por el editor Mejía Baca, pero su *Historia del Perú* (1980) fue una colección de monografías no siempre articuladas. Antes, Pablo Macera, en su *Visión histórica del Perú* (1978), había entregado un producto más coherente, brillante pero breve: pocas páginas mecanografiadas que la habilidad de un editor, recurriendo a ilustraciones, convirtió en un libro. Dado que la demanda del público persistía, otros historiadores ensayaron la aventura de una historia general del Perú, como Tamayo Herrera pero, en este caso, toda la originalidad de los estudios que él mismo había elaborado, se pierde en una síntesis que termina sujeta a esquemas convencionales. De esta manera, la imagen del Perú se convierte en una suerte de objeto inalcanzable. Hace poco Luis Alberto Sánchez terminaba un libro dedicado a retratar este "país adolescente" un libro que "todavía no hemos encontrado su clave" 13.

Tal vez este carácter del Perú radica en un problema mal planteado: la búsqueda de esa "imagen universal de nosotros mismos", que reclamaba Loayza reconociendo la preocupación de muchos otros, historiadores o no. Pero, ¿por qué una imagen?. ¿Y si se tratara de varias?. La ideología dominante reclama que los Estados sean una nación y que ésta se defina antes que nada por la unidad: imagen de la derecha que conduce a indagar por el "alma nacional" pero también de una izquierda contagiada por esquemas "jacobinos". Imágenes

13. Sánchez, Luis Alberto. *Nuevo retrato del Perú país adolescente*. Lima, Mosca Azul, 1981, p. 126.

européas de manera tal que el espejo en el que nos mirá-
bamos resultaba quizá un poco extraño.

Esa imagen unitaria o dual del Perú —la de los his-
panistas o indigenistas—, es un paradigma que ha comen-
zado a descomponerse casi silenciosamente en estos úl-
timos años. Quienes hicieron la labor de zapa fueron
algunos investigadores que desde otras disciplinas lle-
garon a la historia. Obras un tanto marginales, a veces
poco comentadas y que ni siquiera figuran en algunos
exhaustivos recuentos historiográficos como el de He-
racles Bonilla. Sería el caso, por ejemplo, de los estu-
dios que sobre el quechua, a partir de 1965 y hasta es-
tos días, viene elaborando Alfredo Torero: un lingüista
con conocimientos arqueológicos y formación históri-
ca, que ha sabido adentrarse en las biografías de las
lenguas andinas (quechua, aymara, puquina) para mos-
trar que no existía una sola “*lengua general*” a la lle-
gada de los europeos. El mismo quechua, que después
desplazaría a otras lenguas, está conformado en realidad
cuando menos por dos dialectos de difícil traducción
entre sí. Estos estudios alentaron las posteriores inves-
tigaciones de Nelson Manrique sobre la sierra central del
Perú: este historiador ha sabido argumentar la presencia
de lo que podríamos llamar un factor regional en el
país, que echa sus raíces bastante atrás, en divisiones
culturales que se pueden remontar a los tiempos prehis-
pánicos. Rodrigo Montoya se ha referido, incluso, al
carácter “*localista*” de la cultura andina. En Puquio
los campesinos se reconocen por su ayllu y no parecen
agobiados por la identidad nacional.

Cuando todavía no se iniciaba la renovación de
la historiografía peruana, apareció un libro titulado *La
sal de los Cerros* (publicado en 1968 y reeditado en
1973), donde el antropólogo Stéfano Varese quería
hablarnos de otra historia. No la historia de los criollos
ni la de los andinos: la historia de un grupo étnico es-
tablecido en la amazonía mucho antes que los incas y
que hasta nuestros días se resiste a ser doblegado por
Occidente. Tres siglos y medio de historia de un peque-
ño grupo llamado Campa. De esta manera, Varese con-
tribuyó a sustituir la imagen única o la alternativa dual,
por la imagen múltiple. No uno sino varios países. Ven-
drían luego otras historias, de otras etnias amazónicas
(amueshas, puros, nahuas) y también de otras minorías

étnicas como los chinos, los japoneses, los negros. ¿Dónde queda la unidad?. Tras este reclamo puede estar el propósito encubierto de la imposición de una cultura sobre otras. En todo caso la subordinación de las llamadas "minorías", lo que a la postre resulta bastante autoritario. Un problema político y también un problema moral, del que recién comenzamos a ser conscientes.

Admitir que distintas historias han hecho la historia del Perú puede terminar con esa confusión entre el pasado y la imagen personal del historiador. Romper el espejo. Varese señalaba al inicio de su libro que quería hacer la historia de "los campas, pero también historia del interés de nuestra sociedad para el objeto, ya que las fuentes señalan, según la época en que han sido concebidas, cambios de actitud, de atención con respecto al indio"¹⁴. Cuando los hispanistas definían al Perú como una prolongación de Occidente o los indigenistas como la pervivencia del indio, los autores de esas corrientes se identificaban con la definición respectiva, como grupos y como individuos. La *Historia del Perú* de Riva Agüero fue, en este sentido, también una autobiografía aunque él hubiera preferido que se la comparara con una historia de familia. No es esa ya la actitud de Varese que distingue con claridad entre la historia de la parte del país a la que pertenece y la historia de esos otros habitantes de la amazonía. El discurso historiográfico pierde su centro. Ya no se buscan biografías privilegiadas, como antes las de Garcilaso, Pizarro o Túpac Amaru; ahora se trata de una colectividad, de los campas en plural. Pero estas conclusiones no fueron motivo de reflexión para quienes reseñaron *La sal de los Cerros*. Los libros que después han venido tras su estela, han permitido esta relectura.

De esta manera llegamos al fin de una forma de entender la historia peruana. De 1920 a 1986, se ha pasado de la búsqueda afanosa de un alma, que era en realidad un espejo en el que se reflejaban los deseos particulares de ciertos intelectuales, al descubrimiento de los

14. Varese, Stéfano. *La sal de los Cerros*, Lima, Retablo de Papel, 1973 (segunda edición), p. 20.

otros: el rostro múltiple de un país conformado por varias tradiciones culturales. El destino individual sustituido por la biografía de una colectividad. Lo marginal y radicalmente distinto —la historia de los campos, por ejemplo—, niega la obsesión por el centro y la unidad. Comienza a construirse otra imagen del país, de manera borbosa e imprecisa, a costa de discrepancias y contradicciones pero la proliferación de libros de historia es ahora el signo de una sociedad que no se deja doblegar por la crisis o el fatalismo, que rechaza la muerte y que se empeña en buscar alternativas. Los historiadores peruanos, de una u otra manera, admiten que su discurso sobre el pasado encierra resonancias actuales. Todavía más: se interesan por el futuro. Es así como el término "utopía" ha comenzado a circular en los últimos años. Aparece en el libro de Szeminski (un historiador polaco) sobre Túpac Amaru; en el estudio de Alfonso Cas-trillón sobre los museos peruanos; lo hemos utilizado Manuel Burga y yo para referirnos a un rasgo de la mentalidad andina; lo emplea también Wilfredo Kapsoli y hasta se contagia un historiador de otra generación e ideología como es César Pacheco Vélez. Hemos pasado de la obsesión por el pasado, al nacimiento de un nuevo tipo de relación con la memoria y los recuerdos: dejamos de estar dominados por los muertos y queremos hacer de la Historia sólo un instrumento para edificar —como diría Basadre—, una nueva morada.

Este nuevo discurso historiográfico ha dejado atrás los viejos debates entre hispanistas e indigenistas. Una expresión de lo dicho podría ser lo ocurrido recientemente en el Instituto Riva Agüero: el desarrollo de las áreas de arqueología y folklore ha roto con el monopolio de la historia y en el piso superior de la vieja casa colonial donde queda su sede, funciona un museo de arte popular, abierto a las diversas expresiones culturales del país y a todos los públicos. Incluso se llegó a realizar una exposición sobre la Revista *Amauta* y Mariátegui. En esa misma institución se estudia a José María Arguedas (Mildred Merino). Todo esto hubiera sido inimaginable tiempo atrás. Signo de nuevos tiempos.

Macera escribió en 1968 que el historiador en el Perú era un hombre a la defensiva: inseguro de la validez científica de su oficio, asediado por las presiones sociales, ubicado al filo de dos épocas. Esta situación ha terminado adquiriendo rasgos dramáticos en estos últimos años: la crisis, la propalación de la violencia, la carencia de alternativas. Para referirnos a estos temas se puede recurrir a citas bibliográficas y datos estadísticos. Pero no hace falta salir a buscar los problemas. Estos llegan, encarnados en sujetos que tienen nombre y apellido, hasta el aula de clase.

Este año, 1988, Manuel Burga, a quien hemos mencionado en estas páginas, tenía un alumno llamado Carlos Ramírez, a quien no sólo veía en clase sino también fuera de la universidad, en archivos y bibliotecas. Ese muchacho de 22 años quería hacer un estudio sobre un tema antes bastante frecuentado y ahora más bien olvidado: la piratería en los siglos XVI y XVII. No resulta evidente saber qué razón lo llevó a este tema. Tal vez por ser oriundo de Piura (cuyo puerto, Paita, fue saqueado en alguna ocasión por un pirata holandés); tal vez porque el tema tenía resonancias románticas o porque veía en esos personajes un síntoma del descontento social o de la marginalidad en una época. Su padre era un obrero de construcción civil pero este dato sólo interesa para llenar una ficha censal; en realidad, integraba las filas de los que tienen apenas un trabajo eventual. Un día, este muchacho, estando en el patio de la Facultad de Letras de San Marcos, se desmayó. Lo llevaron al hospital. Al parecer no fue bien atendido. Hay una deplorable estructura hospitalaria en el país que la sufren sobre todo quienes tienen bajos ingresos. Al poco tiempo falleció: había sido consumido por la anemia, años de mala alimentación y las peores condiciones de vida terminaron matándolo.

Burga debió preguntarse, como en estos años se habían preguntado antes otros y desde otras disciplinas, qué significa hacer historia en un país donde hay alumnos como Carlos Ramírez. Ignoro qué respuesta terminó dándose pero resulta evidente que esta nueva historia, que trata de construir la imagen múltiple del Perú, no puede quedar al margen de una fuerte tensión moral.

ANEXO

LA PRODUCCION HISTORIOGRAFICA PERUANA: AÑOS, AUTORES, LIBROS — 1971 — 1986

- 1971 BONILLA, Heraclio y SPALDING, Karen, *La independencia en el Perú* *
- 1972 YEPES, Ernesto, *Perú, 1820-1920. Un siglo de desarrollo capitalista.*
- LOHMANN VILLENA, Guillermo, *Los regidores del cabildo de Lima desde 1535 hasta 1635 (estudio de un grupo dominante).* **
- 1973 ESPINOZA, Waldemar, *La destrucción del imperio de los incas.* * Enciclopedia Dep. de Junín.***
- VARESE, Stéfano, *La sal de los Cerros*
- DURAND, Luis, *Integración e independencia en el plan político de Túpac Amaru.*
- PEASE, Franklin, *El dios creador andino.*
- BASADRE, Jorge, *El azar en la historia y sus límites.*
- BONILLA, Heraclio, *Guano y burguesía.* *
- 1974 LOHMANN, Guillermo, *Los ministros de la audiencia de Lima (1700-1821).* **
- 1975 BASADRE, Jorge, *La vida y la historia.*
- SULMONT, Denis, *El movimiento obrero en el Perú 1900-1956.* *
- TORERO, Alfredo, *El quechua y la historia social andina.* *
- LUMBRERAS, Luis, *Las fundaciones de Huamanga.*
- 1976 BURGA, Manuel, *De la encomienda a la hacienda capitalista: el valle de Jequetepeque del siglo XVI al XX.*
- 1977 MACERA, Pablo, *Trabajos de historia.* *
- VALCARCEL, Carlos Daniel, *Túpac Amaru.*
- SANCHEZ, Luis Alberto, *Nuestras vidas son los ríos. . . (Historia y leyenda de los González Prada)* *

- 1978 ROSTWOROWSKI, María, *Señoríos indígenas de Lima y Cañete*.
 QUIJANO, Aníbal, *Clases sociales y estado en el Perú*.
 KAPSOLI, Wilfredo, *Los movimientos campesinos en el Perú*.*
- PEASE, Franklin, *Del Tahuantinsuyo a la historia del Perú*.
 COTLER, Julio, *Clase, estado y nación en el Perú*.*
- TAMAYO, José, *Historia social del Cuzco republicano*.
 MACERA, Pablo, *Visión histórica del Perú*.
- 1979 BURGA, Manuel y FLORES GALINDO, Alberto, *Apogeo y crisis de la república aristocrática (1895-1930)*.
 SALAS, Miriam, *De los obrajes de Canarias y Chincheros a las comunidades indígenas de Vilcashuamán*.
 MACERA, Pablo, *Pintores populares andinos*.
 VARIOS, *Nueva historia general del Perú*.*
- 1980 DE TRAZEGNIES, Fernando, *La idea del derecho en el Perú republicano del siglo XIX*.
 TRELLES, Efraín, *Lucas Martínez Vegazo: funcionamiento de una encomienda temprana*.
 KLAIBER, Jeffrey, *Religión y revolución en el Perú (1824-1976)**
 GOLTE, Jürgen, *Repartos y rebeliones*.
 FLORES GALINDO, Alberto, *La agonía de Mariátegui*.*
- BONILLA, Heraclio, *Un siglo a la deriva. Ensayos sobre el Perú, Bolivia y la guerra*.
- 1981 MONTOYA, Rodrigo, *Capitalismo y no capitalismo en el Perú: un estudio histórico de su articulación en un eje regional*.
 TORD, J. y LAZO, C., *Hacienda, comercio, fiscalidad y luchas sociales (Perú Colonial)*.
 MANRIQUE, Nelson, *Campesinado y nación: las guerrillas indígenas en la guerra con Chile*.
 STASTNY, Francisco, *Las Artes populares del Perú*.
 HUERTAS, Lorenzo, *La religión en una sociedad rural andina (siglo XVIII)****
- LUMBRERAS, Luis, *Arqueología de la América Andina*.
 DEL BUSTO, José Antonio, *La hueste perulera. José Gabriel Túpac Amaru antes de su rebelión*.
 BURGA, Manuel y REATEGUI, Wilson, *Lanas y capital mercantil en el sur. La casa Ricketts, 1895-1935*.
- 1982 RAMOS ZAMBRANO, Augusto, *Puno en la rebelión de Túpac Amaru*.***
 RAVINES, Roger, *Panorama de la arqueología andina*

- 1983 BASADRE, Jorge, *Historia de la República del Perú*.
 MACERA, Pablo, *Las furias y las penas*.
 GLAVE, Luis M. y REMI, M. Isabel, *Estructura agraria en una región andina: Ollantaytambo entre los siglos XVI y XIX*.***
- 1984 ROSTOWROWSKI, María, *Estructuras andinas de poder*.
 FLORES GALINDO, Alberto, *Aristocracia y plebe, Lima 1780-1820*.
 SZEMINSKI, Ian, *La utopía tupamarista*.
 KAPSOLI, Wilfredo, *Ayllus del sol*.
 MANRIQUE, Nelson, *Colonialismo y pobreza campesina. Caylloma y el Valle del Colca (siglos XVII-XX)*
- 1985 O PHELAN, Scarlett, *Rebellions and revolts in eighteenth century Perú and Upper Perú*.**
 URRUTIA, Jaime, *Huamanga: región e historia 1536-1770*.***
 PACHECO VELEZ, César, *Memoria y utopía de la vieja Lima*.
- 1986 TAMAYO, José, *Nuevo compendio de historia del Perú*.*
 CASTRILLON, Alfonso, *Museo Peruano: utopía y realidad*
 FLORES GALINDO, Alberto, *Buscando un inca*.

- (*) Libros que han sido reeditados.
 (**) Publicado en el extranjero.
 (***) Publicado en provincias.

Esta relación —quince años y alrededor de cincuenta libros— no es exhaustiva. Sirve para ubicar cronológicamente a algunos autores citados en este ensayo y salvar omisiones. Ayuda a seguir el “ritmo” de la producción historiográfica.

Los libros han sido incluidos atendiendo a su impacto social: reediciones, reseñas y comentarios, referencias en libros posteriores, etc. No se trata, por lo tanto, de una relación valorativa. En casi todos los casos se trata de primeras ediciones, salvo el libro de Varese (cuya primera edición por razones circunstanciales fue poco accesible) y, en el caso de la *Historia de la República* de Basadre, por ser la de 1983 la última edición, con cambios significativos. Se incluye sólo autores peruanos, salvo el caso de aquellos extranjeros establecidos en el Perú y que han hecho toda o parte de su trayectoria profesional aquí.